

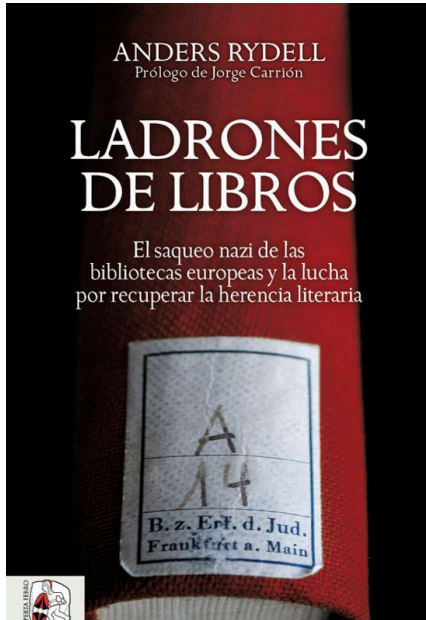
RYDELL, Anders, *Ladrones de libros. El saqueo nazi de las bibliotecas europeas y la lucha por recuperar la herencia literaria*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2022.

ISBN: 978-84-122212-4-4

Referencia: *Santander. Estudios de Patrimonio*, 6 (2023), pp. 554-558.

DOI: <https://doi.org/10.22429/Euc2023.sep.06.20>

ISSN 2605-4450 (ed. impresa) / ISSN 2605-5317 (digital)



Cuando, en mayo de 1933, la *Deutsche Studentenschaft* (Unión de Estudiantes Alemanes) organizó la quema pública de numerosos libros considerados “literatura degenerada”, fue evidente para numerosos ciudadanos del mundo el horizonte que tomaría la nueva Alemania nacionalsocialista dirigida por Adolf Hitler. En Berlín y otras 21 ciudades del país, libros de autores judíos, socialistas, católicos, masones o cualquier otro que fuera considerado enemigo, ardieron pasto de las llamas. Aquel acto pasaría a la historia como símbolo de la barbarie cultural que se llevaría a cabo en la nueva Alemania, al destruirse toda obra considerada contraria a los principios del partido nazi (NSDAP). Sin embargo, la realidad fue mucho más compleja.

Como destaca el escritor sueco Anders Rydell, “los nazis no aspiraban a la permanencia mediante el exterminio de la herencia literaria y cultural de sus adversarios; deseaban robarla, apropiársela y retorcerla, hacer que las bibliotecas y archivos, herencia y memoria, se volvieran contra sus dueños y poder escribir, ellos, la historia de sus enemigos. Esa fue la idea que suscitó el expolio de libros más grande del mundo”.

Frente a las ideas comúnmente aceptadas por la historiografía respecto a la forma en que el régimen nazi habría destruido ese patrimonio literario de sus adversarios, lo que viene a demostrar la obra de Rydell es cómo, en realidad, lo que hicieron mayoritariamente fue apropiarse de él para manipularlo y ponerlo al servicio de sus propios ideales. Esto es lo que viene a demostrarnos la reciente obra de Anders Rydell, *Ladrones de libros. El saqueo nazi de las bibliotecas europeas y la lucha por recuperar la herencia literaria*. Publicada originalmente en Suecia en 2015, la obra ha sido recientemente publicada en

España, donde viene a consolidar el creciente interés por los robos artísticos y patrimoniales llevados a cabo por el Tercer Reich. Si recientemente destacó la aportación del historiador español Miguel Martorell con su galardonado *El expolio nazi* –en la cual abordó el saqueo de numerosas obras de arte por parte del Tercer Reich–, Rydell destaca con una obra centrada en el saqueo de las bibliotecas de toda Europa realizada por el régimen nacionalsocialista.

El autor sueco nos introduce en el objeto de su libro a través de sus propias experiencias personales en su investigación para conocer el asunto. El punto de partida de la obra se sitúa en su visita a la *Berliner Stadtbibliothek*, actualmente denominada *Zentral-und Landesbibliothek Berlin*, donde dos trabajadores (Detlef Bockenamm y Sebastian Finsterwalder) le informan de las recientes investigaciones realizadas para catalogar los libros de sus fondos que proceden de bibliotecas robadas a ciudadanos judíos, socialistas, masones o extranjeros. Tras dicha labor reside, en muchos casos, el propósito de devolver ese patrimonio literario saqueado a los descendientes de sus legítimos poseedores. El propio autor emprenderá esa misión con el objetivo de devolver un pequeño libro, de lomos color oliva, cuyo *ex libris* les ha puesto en la pista de una joven de Birmingham descendiente de Richard Kobrak, un anónimo ciudadano judío alemán cuya vida llegó a su fin en 1944 en las cámaras de gas del campo de Auschwitz.

A la sombra de su trayecto de Berlín a Birmingham como portador de dicho libro, Rydell rememora sus viajes por todo Europa para conocer las grandes bibliotecas saqueadas por los nazis. En las páginas de su obra aparece relatada la historia de las grandes bibliotecas y centros de investigación europeos previos a la Segunda Guerra Mundial, cuyo tratamiento constituye el hilo narrativo de su estudio. Así aparecen el Instituto Internacional de Historia Social (IISG) de Ámsterdan, la biblioteca de la lógica masónica Grootoosten de La Haya, la Alliance Israelite Universalle de Tesalónica, la Biblioteque Russe Turgenev de París, la Biblioteca della Comunita Israelitica de Roma o el Instituto Científico del Yidis (YIVO) de Vilna. Todos ellos fueron saqueados por los nazis. Según cálculos del autor, Francia viviría el robo de 1,7 millones de libros, las bibliotecas polacas perdieron 15 millones de los 22,5 que tendrían las instituciones públicas antes de la invasión nazi, y, según la UNESCO, la Unión Soviética habría perdido cerca de 100 millones de libros saqueados por los nazis. A partir de estas cifras, Rydel se interesa por el destino vivido por las obras robadas en todas estas bibliotecas. Muchas fueron almacenadas por el Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels, otras acabaron en las bibliotecas privadas de dirigentes nazis como Albert Speer o intelectuales nacionalsocialistas como Walter Bloem, pero, principalmente, la gestión de ese patrimonio literario quedó a cargo de dos destacados jerarcas nazis: Heinrich Himmler y Alfred Rosenberg. Como apuntan las investi-

gaciones realizadas por Rydell, “los dos hombres lucharon con furia por hacerse con las bibliotecas y los archivos de Europa. [...] Himmler y Rosenberg se disputaron la posición de ideólogo principal del movimiento, pero sus perfiles y puntos de vista diferían bastante. Mientras a Himmler le seducía la mitología e incluso el ocultismo, Rosenberg tenía una obsesión fanática por lo que denominaba la conspiración judía mundial”.

Definidas las dos grandes figuras encargadas de la gestión de ese patrimonio cultural robado, el autor realiza una detallada descripción de las dos maquinarias en que se apoyó ese saqueo literario. Por un lado, el *Reichführer* de las SS, Heinrich Himmler, contó en su labor con la ayuda de su entonces mano derecha, Reinhard Heydrich, al frente de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RHSa). En dicha Oficina, su Sección VII acogió al Departamento de Investigación y Evaluación Ideológica, interesado en poner las bibliotecas de los considerados enemigos del Reich al servicio de sus centros de inteligencia. Frente a ello, un fin académico-intelectual habría guiado a Alfred Rosenberg, nombrado Representante del Führer para toda la investigación espiritual e ideológica en el NSDAP, razón por la que se pondría al frente de la *Dienststelle Rosenberg*, muy pronto reconvertida en la más popular *Amt Rosenberg*. Desde dicho departamento contó con la ayuda de figuras como el historiador Walter Frank (director del Instituto Nacional de Historia de la Nueva Alemania), o el sacerdote y bibliotecario Johannes Pohl (quien dirigió los comandos encargados de realizar los saqueos de las bibliotecas judías de París, Roma, Vilna y Tesalónica). Rydell realiza así, de forma simultánea, un retrato prosopográfico del funcionariado nazi encargado de ese robo de libros. Pero, además, mediante el relato de las disputas surgidas entre jerarcas como Himmler y Rosenberg, Rydell ayuda a consolidar esa idea de la “policracia nazi” teorizada por Martin Broszat sobre el caos burocrático de la Alemania nazi nacido de las disputas entre sus altos jerarcas. En este caso, y en lo referido al saqueo de bibliotecas, todo parecía favorecer a un Himmler que contaba con la ventaja inicial de una enorme fuerza militar y policial a sus órdenes. Sin embargo, Rosenberg lograría equilibrar la balanza gracias a su alianza estratégica con Hermann Göring, poco interesado en el aparato ideológico, pero especialmente atraído por el saqueo de obras de arte. Finalmente, Rydell apunta la posible vertebración de una alianza contranatura entre Himmler y Rosenberg, donde Himmler se apropiaría de las obras útiles para los servicios de inteligencia y Rosenberg de aquellas de carácter más histórico, aunque realmente parece que la división nunca fue tan clara y las confrontaciones se habrían mantenido durante todo el saqueo de bibliotecas europeas. Incluso, por momentos, los conflictos entre jerarcas nazis habrían aumentado. Por ejemplo, en el saqueo de la IISG de Ámsterdam, con numerosas obras de carácter marxista, a las luchas entre Himmler

y Rosenberg cabría sumar a Arthur Seyß-Inquart (al frente de la ocupación de los Países Bajos) y Robert Ley (al frente del sindicato nacionalsocialista). Fueron todas ellas unas confrontaciones que, como apunta el autor, acabarían dividiendo las bibliotecas y dificultando seguir el curso del origen de los diferentes libros para poder restituir esa herencia literaria.

De esta forma, Rydell reconstruye el triste paradero del patrimonio literario confiscado por los nazis. En ocasiones, la obra adolece de un excesiva lentitud y detallado academicismo al relatar de forma detenida la historia previa de cómo se configuraron esas bibliotecas, relegando a un segundo plano la propia historia de su saqueo y de los instrumentos a través de los cuales se realizó ese expolio literario. Sin embargo, el autor entrelaza todo ello con las historias personales de los bibliotecarios y propietarios que vieron desaparecer todo ese legado, así como sus fallidas luchas para intentar preservarlo. Especial dramatismo alcanza la obra cuando se narra la historia de los comandos judíos creados por los nazis para seleccionar los libros de los cuáles se apropiarían. Esa misión le fue encomendada a grupos como la denominada “Unidad del Talmud” del campo de Theresienstadt o la “Brigada del Papel” del gueto de Vilna, cuyos integrantes parecían buscar el “consuelo en el hecho de estar preservando su herencia, aunque lo hicieran en nombre de una organización responsable, más que ninguna otra, del exterminio del pueblo judío”. Pese a todos los intentos, muchos libros se perdieron para no ser recuperados jamás por sus auténticos propietarios. Aunque algunos se han conservado en fondos de bibliotecas alemanas, otros muchos fueron destruidos en los bombardeos, derivaron hacia anónimas bibliotecas privadas o sufrieron los posteriores saqueos de las potencias vencedoras, que habrían encontrado en todos estos libros un singular botín. En los países occidentales, muchas de sus bibliotecas se nutrieron de estos libros, aunque tampoco resultó extraño que, durante algún tiempo, en ciudades como Tesalónica las hojas de libros judíos aparecieran como relleno de zapatos, o algún pergamino del Talmud empleado para hacer sus suelas. Por su parte, en la otra gran potencia vencedora, la Unión Soviética, los libros tomados por el Ejército Rojo como recompensa fueron víctimas de un expurgo análogo al realizado por el Tercer Reich. Como se conoció en época de Gorbachov, a la sombra de la apertura informativa que supuso la *glasnost*, muchos libros habían acabado en almacenes, donde “varias décadas de humedad, bichos y una capa creciente de excrementos de palomas los habían transformado en pulpa podrida”.

En medio del dramatismo de la historia del paradero de ese patrimonio literario, la entrega de aquel libro de lomos de color oliva a la descendiente de uno de los asesinados en Auschwitz, cierra la historia con un cierto anhelo de esperanza. Una obra que resulta así relevante desde dos perspectivas. En

primer lugar, supone un nuevo acercamiento cultural a la historia del Holocausto más allá de los tradicionales estudios interesados principalmente en su dimensión político-social. En segundo lugar, se trata de un alegato en favor de la recuperación de esa herencia literaria pues, en muchos casos, estos libros son el único objeto que los descendientes de las víctimas del Holocausto podrán tener entre sus manos como un recuerdo de su pasado.

Adrián MAGALDI FERNÁNDEZ

Universidad de Cantabria